

\*\*\*  
A  
Es tu semblante divino;  
Tu sien, como el lírio, pura;  
Al verte, hermosa, imagino  
Que eres ángel de ternura.

Tu cabellera es de oro;  
Tu talle esbelto, ligero;  
Eres mi bien, mi tesoro,  
El ídolo que venero.

En la aurora de la vida,  
Cuando la senda es de flores,  
Va mi existencia perdida  
Entre sombras y dolores.

Galana palma te ostentas  
De mi vida en el desierto,  
Y dulce sombra presentas  
A mi caminar incierto.

Observarás ¡niña bella!  
Sobre mi pálida frente,  
Los rigores de mi estrella  
Y mi amor tierno y ardiente.

Tú eres el único faro  
Que brilla en mi desventura;  
Encontrando en tí el amparo  
De tu mágica hermosura.

Mi pasión es mas santa, mas pura  
Que el incienso que sube al Eterno;  
Sufriría en el alma el infierno  
Si tu seno estrechara un rival.  
Yo con fiebre de amor te idolatro;  
De tí espero la muerte ó la vida;  
Tú serás para mi alma afligida  
El arcángel del bien ó del mal.

¡Oh celeste beldad! si supieras  
Mis intensas, terribles angustias;  
Si mirases que yacen ya místicas  
Mis creencias, mi gloria, mi fé:  
El inmenso vacío de mi alma  
Tu amor solo llenarlo podría,  
En magnífico Eden trocaría  
El desierto do siempre me hallé.



No me muestren tus lánguidos ojos  
El desden que redobla mi lloro:  
¡Ay! ni puedo decirte «te adoro,»  
Ni tu angélica voz escuchar.  
Si por dicha á otro amante mas digno  
Concedieras tus blandas caricias,  
Te deseo tan intensas delicias  
Como inmenso será mi penar.

Nunca, nunca alumbró mi existencia  
Del amor la purísima llama;  
Mas te ví... y furioso ya brama  
El volcan en que yo me abrasé.  
¡Oh muger! ¿y serás insensible  
A mi lenta y horrible agonía?  
¿Y mi amor hallará la falsía  
En quien vida y salud esperé?

.....  
.....  
Esa sociedad impura  
La amargura  
Vierte al corazon ardiente.  
¿Dónde encontraré la fuente  
De la luz y la verdad?

¡Virgen de la patria mía!  
Gozaría  
De deleites inefables  
En tus brazos envidiables,  
Do está mi felicidad.

A mis miradas ardientes,  
¿Tú no sientes  
Que te adoro hasta el delirio...?  
¡Ven á calmar el martirio  
Que devora el corazon!

Cuando de tus ojos bellos  
Los destellos  
Reflejan sobre mi frente,  
Brotan en la helada mente  
La esperanza y la ilusion.  
¡Qué triste paso la vida,  
Mi querida,  
Sin beber tu puro aliento!  
En tu presencia yo siento  
Se mitiga mi dolor.

Si vivir sin tí es mi suerte,  
En la muerte  
Solo encontraré la calma,  
Que la vida niega al alma,  
Sin el fuego de tu amor.



breuil y Pecmeja. ¿Pero qué se deduce de esto? ¿No se entregan siempre las mugeres en secreto, y por decirlo así, misteriosamente, á sus mas inocentes afectos? Estoy convencido de que la amistad es tambien para ellas una divinidad que tiene sus altares, sus sacerdotizas y sus sacrificios. Si la mitología y la historia no nos presentan los prodigios de generosidad que este sentimiento ha podido inspirarles, todo el que observare la sociedad de nuestros dias, no dejará de descubrir algunas amigas sinceras que participan en comun de sus penas y de sus placeres, y se confian sin reserva todos aquellos secretos sin número de que su existencia está llena.

DE LA AMISTAD  
ENTRE LAS MUGERES.

Si por otra parte, estas amistades fuertes y generosas son mas raras entre ellas que entre nosotros, esta rareza puede dimanar de una causa mas natural que el conflicto de intereses á que se ha querido atribuir. Las mugeres, mas débiles que nosotros en el orden de la naturaleza y en el de la sociedad, son inclinadas, por el instinto mismo de su debilidad, á elegir de preferencia para objeto de su principal afecto y cariño, á un ser mas fuerte que ellas, que pueda sostenerlas, protegerlas y defenderlas. Cuando de dos mugeres estrechamente unidas entre sí viene una á elegir marido, es sumamente raro que la otra no tenga pronto que quejarse del resfrío progresivo, y á veces bastante rápido de una amistad cuya constancia

**M**UCHAS gentes han pretendido que la amistad entre las mugeres es rara vez sincera y profunda, y que sobre todo, es muy poco susceptible de aquellos sacrificios heroicos y de aquel sublime rendimiento de que la amistad entre los hombres ha dado tan bellos ejemplos al mundo. Es verdad que ellas, en sus anales particulares no tienen nada que oponer á las amistades justamente célebres de Orestes y Pilades, de Teseo y Peritous, de Damon y Pitias, de Du-

breuil y Pecmeja. ¿Pero qué se deduce de esto? ¿No se entregan siempre las mugeres en secreto, y por decirlo así, misteriosamente, á sus mas inocentes afectos? Estoy convencido de que la amistad es tambien para ellas una divinidad que tiene sus altares, sus sacerdotizas y sus sacrificios. Si la mitología y la historia no nos presentan los prodigios de generosidad que este sentimiento ha podido inspirarles, todo el que observare la sociedad de nuestros dias, no dejará de descubrir algunas amigas sinceras que participan en comun de sus penas y de sus placeres, y se confian sin reserva todos aquellos secretos sin número de que su existencia está llena.

Si por otra parte, estas amistades fuertes y generosas son mas raras entre ellas que entre nosotros, esta rareza puede dimanar de una causa mas natural que el conflicto de intereses á que se ha querido atribuir. Las mugeres, mas débiles que nosotros en el orden de la naturaleza y en el de la sociedad, son inclinadas, por el instinto mismo de su debilidad, á elegir de preferencia para objeto de su principal afecto y cariño, á un ser mas fuerte que ellas, que pueda sostenerlas, protegerlas y defenderlas. Cuando de dos mugeres estrechamente unidas entre sí viene una á elegir marido, es sumamente raro que la otra no tenga pronto que quejarse del resfrío progresivo, y á veces bastante rápido de una amistad cuya constancia



parecía desafiar á todos los acontecimientos de la vida y á todas las vicisitudes de la suerte. En este mismo caso, los padres y parientes mas queridos de una jóven, aquellos que ocupaban un lugar mas grande en su corazon, se ven pronto reducidos á no ocupar en él mas de un cortísimo espacio. Se diría que muy á menudo la *muger* toma al pié de la letra lo que dice la Iglesia al consagrar la union conyugal: *Abandonad á vuestros parientes para apegaros á vuestro esposo.* No sucede lo mismo entre los hombres; el amor de estos no es tan exclusivo, y si suspende momentáneamente la actividad de los otros sentimientos, á lo ménos no los disminuye, ni los absorbe.

Pero lo que mas contribuye á extinguir el calor ó á abreviar la duracion de las amistades que las *mugeres* han formado durante el ocio de su corazon, y á impedir que no contraigan otras nuevas, tan vivas y tan ardientes como las primeras, es la ternura maternal, este sentimiento, ó por mejor decir, esta pasion tan enérgica y tan superabundante por su naturaleza, que aumenta el mismo amor cuando nada parece que debia aumentarlo, y que solo entre todas las pasiones subsistiría siempre y en toda su fuerza, sin obtener ni esperar recompensa, si fuese posible que no se le concediese. El alma que, llena de esta pasion, saborea sus inefables goces, se halla necesaria-

mente fuera de poder gustar con la misma sensibilidad que ántes, el encanto de afectos estraños. Una *muger* que ha llegado á ser madre, puede formar relaciones dulces y ligeras: dulces, á causa de su misma ligereza; pero parece muy difícil que contraiga una de aquellas amistades profundas, tiernas y apasionadas que se alimentan de sacrificios mútuos, hechos con delicia y aceptados sin esfuerzo. La verdadera amistad es un pacto, en virtud del cual debemos tener continuamente nuestra fortuna y nuestra misma vida, á la libre disposicion de aquel con quien nos hemos unido. ¿Cómo podría una madre comprometer unos bienes y unos dias que ya no le pertenecen, y de los cuales son dueños sus hijos?

(Copiado.)





—399—

EL BESO.

ZAYDA, ven á mis brazos: tú bien sabes  
Que eres el ángel que mi amor adora,  
Vén, y deja que guste la ambrosía  
Que mana de esa tu purpúrea boca.

Deja que toque tu rosado lábio  
Con mi lábio, muger, que fuego brota,  
Y olvide con tus férvidas caricias  
Los amargos pesares que me agobian. . . . .

Deliciosa embriaguez, suave deleite  
Hacen latir mi corazón ahora,  
Y mil dulces, celestes emociones,  
¡Oh mi Zayda querida! el alma goza

O quanti e in quanti forme  
Baedaro, poiché l'avro qui sola  
Or'a la bella bocca, or'a bei ral.  
FULVIO TESTI.

¡Mas por qué tú, mi bien, desfallecida,  
Sobre mi seno tu cabeza posas,  
Y tus ojos, azules como el cielo,  
Cerrando vas con languidez hermosa?

¡Qué sientes, dí, mi vida? ¡Por qué late  
Con tanta agitación tu pecho ahora? . . . . .  
¡Tu aliento abrasa mi mejilla, Zayda,  
Y en su calor el corazón se ahoga. . . . .!

Cuando en la flor de tus hermosos labios  
Libo la miel cual tierna mariposa,  
Olvido ¡oh Zayda! en mi embriaguez divina,  
Mi porvenir y mi ambición de gloria.


1848.—EMILIO REV.



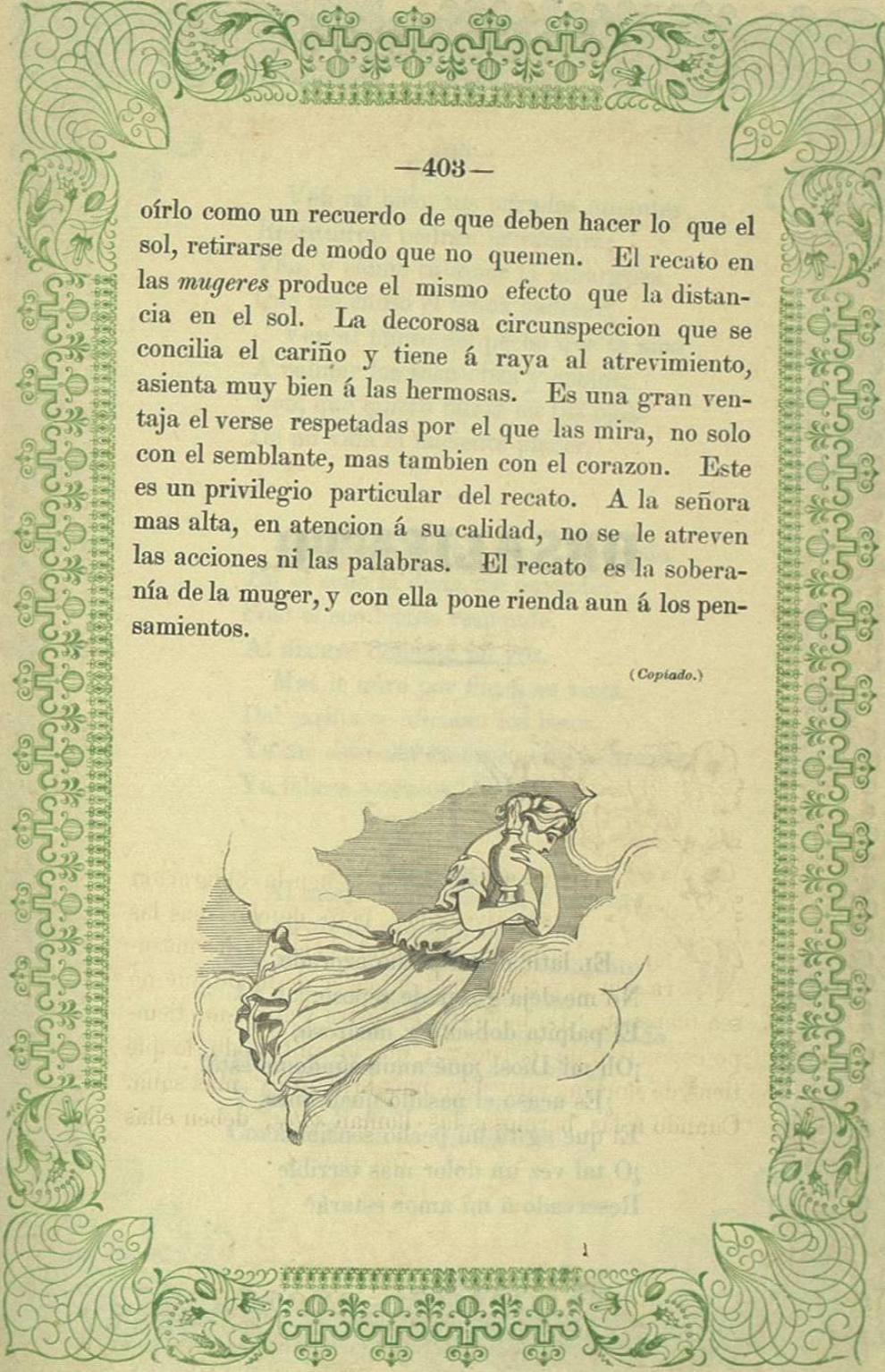




EL RECATO.



ODAS las *mujeres* tienen la obligación de ser recatadas; pero mucho más las hermosas. Les dió el cielo la hermosura con la pensión de templarla de modo que no sea ofensiva. La modestia es lustre y al mismo tiempo correctivo de la belleza, que le quita todo lo que tiene de nociva, y la hace más brillante y más sana. Cuando á las hermosas las llaman *soles*, deben ellas



oírlo como un recuerdo de que deben hacer lo que el sol, retirarse de modo que no quemén. El recato en las *mujeres* produce el mismo efecto que la distancia en el sol. La decorosa circunspección que se concilia el cariño y tiene á raya al atrevimiento, asienta muy bien á las hermosas. Es una gran ventaja el verse respetadas por el que las mira, no solo con el semblante, mas también con el corazón. Este es un privilegio particular del recato. A la señora más alta, en atención á su calidad, no se le atreven las acciones ni las palabras. El recato es la soberanía de la *muger*, y con ella pone rienda aun á los pensamientos.

(Copiado.)

